

# La Poesía

Regina Valdés

Si observamos a los niños en sus reacciones afectivas y sensoriales, notaremos una serie de variantes respecto a nuestra forma de actuar como adultos. Estas distintas formas de reaccionar indudablemente se relacionan con el distinto grado de desarrollo del razonamiento, con la experiencia de los años y otros factores que determinan nuestras actitudes. Aún así, no podemos negar la atracción y el encanto que las manifestaciones infantiles despiertan en nosotros. Siempre estamos dispuestos a concederles parte de nuestro tiempo y dedicación. Y, como si la simple contemplación no nos bastara, comenzamos a manifestarnos en su lenguaje, a hablar en forma onomatopéyica, a mirar los objetos que llenan la atención infantil. Todavía hay en cada uno de nosotros un niño escondido, aunque esté muy en el fondo del alma. ¡Qué anhelo de volver a ser niño, de tener otro mundo frente a los ojos, distinto al de nuestros quehaceres cotidianos! Un mundo donde lo misterioso forma parte de las más grandes emociones; donde una palabra mágica tiene tanto poder; donde los “polvitos de birlibirloco”, con toda su sonoridad y misterio llenan el pensamiento y la imaginación trabaja con toda su intensidad. Decir a un niño “romporombombo” es abrir una nueva fuente de goce, un nuevo mundo y un nuevo estímulo para la imaginación, porque la palabra ya no es mero instrumento, sino que tiene valor en sí misma. Aún más. En este mundo de niños no sólo entran las palabras como sonidos y sugerencias lúdicas. También las imágenes nacidas de los objetos tienen trascendencia. ¿Quién no ha observado la felicidad, la ternura, el espíritu observador o la crítica agudísima que manifiesta un niño frente a un pajarito, a una persona, a una flor...? Donde nada vemos, ellos encuentran un mundo lleno de fascinación y de fuerza vital. Para los niños todo sugiere algo, todo es digno de atención y *todo tiene que manifestarse*; todo tiene una voz escondida. Y si el nombre común de las cosas no les parece suficiente, le dan otro relacionado con aquello que les esté más cerca afectivamente y que tenga para ellos la mayor importancia. La naturaleza afectiva e imaginativa dominará sobre lo demás. Todas las personas buenas son “tías”, todo lo que vuela es “pájaro” y no avión.

Pero este mundo mágico, sensible a la belleza, a la bondad, a la pureza en la expresión, se va perdiendo y nuestra visión del mundo va cambiando. Los objetos ya no nos pertenecen como a los niños. Los pájaros no nos cantan, no nos pertenecen las flores ni las estrellas. Ellas ahora son del mundo y, si llegamos a verlas, no nos dicen nada. Ya no interiorizamos el universo. Sólo ponemos los ojos en él en cuanto nos sirva, en cuanto tenga un valor práctico; y la palabra es sólo un membrete denominativo.

\* \* \*

La Poesía es un enfrentamiento con el mundo, en el cual el poeta hace suya la realidad, la interioriza y, después de este proceso, la lleva otra vez al exterior; pero no como en el drama donde la palabra se convierte en personajes, sino como una forma de expresar la interioridad propia, *como un salir de sí mismo sin dejar de ser uno mismo*. Es aquí donde advertimos la diferencia de la poesía con las otras artes: *la poesía es soliloquio*. El poeta habla consigo mismo, se hace dueño del universo, lo vive *en sí* y esta vivencia sale en forma de poema al exterior. Es esta "*exteriorización subjetiva*" la que hace a la poesía intraducible y única. Tal árbol, en un poema, ya no es más que el árbol que expresó al poeta; las palabras adquieren una nueva significación única, expresión de la realidad captada por el artista. Y el verbo humano se hace voz plena:

*En la mañana verde,  
quería ser corazón.  
Corazón.*

*Y en la tarde madura  
quería ser ruiseñor.  
Ruisseñor.*

*(Alma,  
ponte color naranja.  
Alma,  
ponte color de amor.)*

*En la mañana viva,  
yo quería ser yo.  
Corazón.*

*Y en la tarde caída  
quería ser mi voz.  
Ruisseñor.*

*¡Alma,  
ponte color naranja!  
¡Alma,  
ponte color de amor!*

(“Cancioncilla del Primer Deseo”,  
Federico García Lorca).

Es la voz del hombre que quiere ser “corazón”; que quiere ser “ruiseñor”. Desde su inmadurez (“*mañana verde*”) quiere ser corazón receptor, que sienta la vida; la madurez llegará cuando sea “ruiseñor”, amor que se expresa en el anhelo de comunicación, pero comunicación tan profunda, que la voz es el propio ser que se entrega plenamente (“yo quería ser mi voz”). Es lo que ocurre con el poeta.

El poeta no está solo; quiere ser parte del mundo, pero desde su interioridad. Su voz existe desde que tiene algo que comunicar; no es una voz hueca, sino que nace de la necesidad de un alma que ha intuido, desde lo más profundo, un sentimiento. De aquí que la voz del poeta sea nuestra propia voz; y su obra, nuestra propia pertenencia. En ello radica el valor educativo de la poesía. Debemos buscar nuestro interior, desligarnos de lo superfluo, leer en nuestra alma y vivenciar aquello que nos toca más profundamente.

En la poesía ocurre un hecho paradójico: es el alma misma la que se desdobra en el espejo del verbo, pero no para duplicarse, sino para revelarse más a sí misma. En “*Enfermedades en mi Casa*”, Neruda vierte su dolor ante la enfermedad de una niña; los versos finales dicen así:

*“y por una sonrisa que no crece, por una boca dulce,  
por unos dedos que el rosal quisiera  
escribo este poema que sólo es un lamento, solamente un lamento.”*

Versos que solamente tienen la finalidad de exponer su sufrimiento al exterior, *para hacerlo más suyo, más profundo, y justamente por eso, más universal.*

La interioridad de la poesía se refleja en la “intangibilidad” de sus imágenes, que no podemos referir a “representaciones experimentables” \*. Justamente por esa intangibilidad la civilización técnica se ha alejado del mundo

---

\* ¿Quién podría mirar “unos dedos que el rosal quisiera”, como dice Pablo Neruda? Se trata de una visión interior, sugerida por la imagen poética. Cf. Ivelic, Radoslav: “Lo no-poético en la poesía”, en *Aisthesis* N° 5, p. 93.

poético; la imagen poética nos hace anhelar el mundo infantil con toda su visión interior de las cosas y de la cual nuestra época prescinde.

Si somos capaces de elevar nuestra voz junto al poeta, encontraremos una verdadera forma de ser: ya no quedará nuestra voz ahogada en el interior; ya no seremos “uno”, sino “uno *dentro* de todos”. Nos sentiremos partícipes de muchos otros dolores, de muchas otras alegrías. Y nuestro mundo se abrirá, a través de la belleza de un poema, para vivir plenamente nuestro interior.